

LA
REVISTA NUEVA

AÑO I.—TOMO I

M.

FEMINISMO I AMOR LIBRE

Desde hace algun tiempo el feminismo es una de las cuestiones que mas se discuten entre nosotros. El año pasado, el Ateneo de Santiago i el de Valparaiso la pusieron en la tabla de sus discusiones i varios oradores la trataron en elocuentes discursos. Huelga decir que casi la totalidad de las opiniones emitidas en tales centros de cultura, opiniones llevadas despues a la prensa, fueron favorables al feminismo, entendiéndose por tal la filosofia, moral o sistema económico que persigue la igualdad de situacion entre el hombre i la mujer ante la lucha por la vida, la aplicacion de los derechos humanos i las responsabilidades sociales.

No era tarea difícil la de los defensores del feminismo. Ponerse del lado de la mujer, en cualquiera circunstancia, es ya una accion simpática; constituirse en su paladin contra la enorme muchedumbre de burgueses que la niegan ciertos derechos que los feministas piden para ella, es ya un acto que merece ser aplaudido. La mujer ocupa en la humanidad tal situacion i tales son las condiciones que la rodean,

que siempre resonará gratamente en todo corazón de hombre, por antifeminista que sea, cuanto se diga en beneficio i honra de ella. El hombre, por naturaleza, es feminista, es decir, inclinado a ser benévolo con la mujer. Considera a la mujer como una prolongación de su propia personalidad, la estima como lo mejor que en el universo hai después de él, la acaricia i la ama, pone en manos de ella su propia honra, la hace depositaria de sus más íntimos pensamientos, i consagra su vida, por diversos modos, a satisfacerla i ayudarla en su peregrinación por la tierra. Este feminismo del hombre es universal. No en todos los pueblos ni en todas las épocas se presenta con iguales caracteres; pero en el fondo, es el mismo sentimiento. Los mahometanos mantienen encerradas a sus mujeres porque las estiman como su mejor tesoro; porque creen que otras miradas que las suyas, las profanan i manchan. En la Edad Media—ésta que se pinta como la peor época social de la mujer— ésta reinaba sin discusión. La caballería no tuvo otro sol que la mujer. I en los tiempos modernos vemos que domina en todas partes, aun en las sociedades en que el feminismo apenas se conoce de oídas.

Lo escrito puede parecer una paradoja; pero solo es la verdad. La paralojización nace de que, generalmente, los feministas consideran a la mujer aislada, individualmente, olvidando tener en cuenta su situación como colectividad, como mitad del género humano. Una, cien, millones de mujeres puede haber que sean víctimas de los malos sentimientos de otros tantos hombres; pero *la mujer* continúa siendo la dominadora de *el hombre*, es decir, teniendo una situación privilegiada en el juego de ambas partes de la humanidad. Los ejemplos aislados de personas, castas o razas, no debilitan la fuerza de la regla general. Re-

suélvanse los feministas a decir la verdad, con la mano en el corazon, i estarán de acuerdo conmigo.

Pero, el feminismo militante no quiere rendirse a la evidencia de los hechos, no quiere reconocer la privilegiada situacion de la mujer en el duo humano—no alcanza a ser concierto—i pretende abrir entre ella i él abismos que los separen, levantar a la mujer como adversaria del hombre, trocar los papeles, en una palabra, dando a éste una situacion privilegiada respecto de aquélla. Ese privilegio nace de la superioridad material, orgánica, del hombre sobre la mujer. No me refiero a las cualidades intelectuales: siempre he creido que hai muchas mujeres mas inteligentes que muchos hombres, i muchos hombres mas intonosos que muchas mujeres. Pero nadie me convencerá—por mas citas sabias que haga—de que, orgánicamente, la situacion del hombre es igual a la de la mujer ante la lucha por la vida. De esa desigualdad hacen tabla rasa los feministas cuando piden la lucha entre el hombre i la mujer en igualdad de condiciones. Si esta igualdad se produjera, el hombre resultaria favorecido a consecuencia de la desigualdad orgánica, i los feministas se encontrarían con el extraño resultado de haber trabajado mucho para llegar a un estado de cosas desfavorable para la mujer.

De lo dicho no debe deducirse que yo considero que la mujer no tiene nada a que aspirar. Léjos de eso. La mujer tiene aun mucho camino que andar para desempeñar al lado del hombre la mision que le corresponde. Tiene que instruirse, que hacer valer su trabajo, que ganar en la estimacion del hombre, en una palabra, que seguirle en su marcha hacia adelante. I es lo que está ocurriendo. A medida que la civilizacion ha ido avanzando, la mujer tambien ha ido tomando mejor lugar en la economía social. Ya nadie

sostiene que las mujeres no deben saber leer ni escribir. Nadie se ríe de una médica ni de una abogada. Hasta la legislación se modifica en sentido favorable a la mujer. El hombre civilizado necesita a su lado una mujer civilizada. Un inglés no hará jamás buenas migas con una hotentota incapaz de leer la Biblia o de cuidar del confort del *home*.

A esa marcha natural, apareada, del hombre i de la mujer, los feministas quieren sustituir un salto brusco. Quieren que la mujer, en lugar de ayudar al hombre i ayudarse de él, se convierta en su enemigo. *Muller homini lupus*, parece ser su divisa.

Ya dije cómo ese sistema es favorable al hombre. Pero la jeneralidad de los hombres tenemos por la mujer tanto cariño, que nos negamos a ser feministas. Queremos instruirla; educarla; prepararla para la lucha por la vida, por si el caso llega; mejorar su situación económica dando mayor valor a su trabajo; pero nos repugna la idea de tenerla por enemiga, de trabar con ella diario combate por la mantención, como decía el arcipreste de Hita; queremos tenerla por amiga, ayudarla, en vez de anonadarla con la fuerza brutal de nuestra superioridad material. Por eso, los pueblos más civilizados han sacrificado sus instintos animales aceptando el cristianismo, que establece la monogamia: el derecho de una mujer a las afecciones, los sentimientos, el trabajo, la vida de un hombre; por eso, hemos puesto, delicada i jenerosamente, nuestro honor en manos de nuestra mujer, librándola a ella de responsabilidad por nuestras faltas, al propio tiempo que nos hacemos responsables de las suyas; por eso, las leyes, hechas por los hombres, protejen las más preciosas virtudes femeninas, al par que dejan las masculinas a merced del acaso; por eso, nuestra vida es un continuo batallar, material i moral, en pro

de la mujer; i por eso, los feministas nos llaman *burgueses*.

Ah! A mí me parecen demasiado maquiavélicos los feministas. Encuentro que su táctica para con la mujer es traidora i desleal. Quieren hacerla libre, para quitarle las garantías que le da su relativa sujecion al hombre. Quieren quitarnos todo dominio sobre la mujer, para combatirla sin merced, como se estila entre combatientes de iguales condiciones. De ahí que se observe que con todo recrudescimiento de las campañas feministas, coincide un florecimiento literario contrario a la mujer considerada como bien, como virtud, como honra. En Chile, ha coincidido, con ligeras discordancias, la campaña feminista de los Ateneos con la aparicion de *Besos i ataúdes* i *Precozes* de Vicuña Subercaseaux, de *Cuentos de alcoba* de Espejo i otros, libros todos, especialmente el segundo, que hacen recordar la amarga reflexion de un crítico frances que dijo—a propósito de algunas novelas parisienses de ese jénero—que algunos escritores calumnian a la mujer porque no han tenido tiempo para romperla... Dura es la suposicion i audaz; pero su audacia está justificada por la de los escritores aludidos.

Lo natural seria que, junto con la corriente feminista, otra se produjera, en la literatura, que enalteciera, exaltara i pusiera a la mujer sobre todo lo creado, para que los hombres mas fácilmente nos rindiéramos a los esfuerzos de los feministas. Así, por ejemplo, ocurre con la literatura i el feminismo escandinavos. Pero aquí—remedo de lo que en Francia se hace—la literatura novísima parece mas bien encaminada a movernos a no conceder nada a la mujer, tal la pintan algunos escritores jóvenes, todos, o casi todos, feministas. Hasta se ha producido, en el Ateneo de Santiago, el estraño caso de que un orador

defendiera ardientemente el feminismo en una sesion, para, en la siguiente, lanzar sobre las mujeres la mas tremenda de las filpicas. Esas cosas no se entienden.

I ya nuestros feministas no se limitan a la pretension de hacer de la mujer el rival económico del hombre, sino que empiezan a predicar el amor libre, es decir, la abolicion del matrimonio, el desquiciamiento de la actual manera de ser social, la ruptura de todo lazo, fuera del de las simples i brutales exigencias de la carne, entre el hombre i la mujer. Para esos feministas ultra, el matrimonio es la bestia negra que es menester matar para que la humanidad sea completamente feliz. No creen en el amor, sino en los apetitos. No conciben la virtud sino en la ausencia de toda disciplina. No consideran a la mujer sino como una necesidad material que debe satisfacerse como se satisface la de comer o de beber. Su suprema razon es el adulterio. «El adulterio—dice uno de ellos (1)—es el resultado lójico e inevitable del matrimonio, esa union convencional contra natura, que los códigos burgueses han instituido como lei social de una gran porcion de la colectividad humana.» - Luego, para acabar con el adulterio, suprimamos el matrimonio. ¡Donosa lójica! Si no hubiera hijos, no habria parricidios; luego, no tengamos hijos para evitar los parricidios.

Feo, feísimo pecado es el adulterio; pero la humanidad no es tan perversa que todo matrimonio implique un adulterio. Puede ser que una sociedad, en determinadas circunstancias, llegue a tal estado de descomposicion que en ella el adulterio sea, digamos, cosa corriente; mas, eso no es lo normal en parte alguna, ni aun en ese maldecido Paris, cuyos nove-

(1) MARIO CENTORE.—*De la vida i del amor*.—Valparaiso, 1900.

listas—que ya, por lo demas, aburren con su eterna cantinela adulterina—parecen empeñados en hacer creer al mundo que ser honrada i ser parisiense son cosas incompatibles en una mujer. Lo normal, lo corriente, es que las mujeres sean honradas, como lo normal i lo corriente es que los hombres tambien lo seamos. Presentar el adulterio como una consecuencia del matrimonio es decir una perogrullada; pero tambien es decir una calumnia si la regla se universaliza.

Pero los mismos que sostienen tan disolventes teorías se encargan de contradecirse, mejor que cualquier adversario suyo pudiera hacerlo. El autor *De la vida i del amor* sostiene atrevidamente esa teoría ¿i cómo la prueba? Con una novela corta, *Sin perdon*, cuya heroína, mujer jóven i hermosa, casada con un viejo a quien no ama, le ofende con un hermano suyo, jóven como ella. Caso especial, el de la mujer casada con quien no ama, i sobre eso, viejo. La falta siempre es falta; pero ¿cómo, de ese caso especial, deducir reglas jenerales contra el matrimonio? ¿Acaso todas las mujeres jóvenes i hermosas se casan con viejos a quienes odian? Centore pide el amor libre por compasion con su heroína, que, como la Paula Mejía de Campoamor, es deshonrada i muere,

entre un amante vil i un fiero esposo.

Mas, lo cierto es que esa heroína no inspira compasion sino repugnancia, porque no solo es adúltera, sino ingrata, concupiscente, incestuosa: un monstruo de maldad, en fin. Esa mujer, si no se hubiera casado no habria, naturalmente, sido adúltera, pero sí mujer del arroyo. Hai natuaalezas así, inclinadas al mal, i que empeoran cuando la bondad i la virtud les rinden parias.

No es argumento en contra del matrimonio *Sin perdon*. Cuando mas, puede considerarse como una advertencia a los viejos que se casan con mujeres jóvenes sin conocerlas bien. Pero eso no es *el matrimonio*. Es un caso escepcional. El matrimonio es la union de dos personas que se aman, que, por lo ménos, se estiman; i considerado así no da argumento a novelitas como ésa. Leyéndola, uno no se hace ni mas ni ménos feminista: desprecia a la heroína, la condena i nada mas. Porque, aun en el supuesto caso de matrimonios como ése, hai de por medio un juramento que cumplir i el honor de un hombre que respetar. Se condena el adulterio; pero no se piensa en el amor libre, que, aun con él, la heroína de *Sin perdon* seria siempre una grandísima puerca.

I frente a esa mujer, el propio Centore nos presenta otra que se lleva todas nuestras simpatias: la protagonista de *Honrada*. El mismo caso: una mujer casada con un viejo; pero esta rechaza al amante, i, rechazándolo, «sintió como una alegría dolorosa que se apoderaba de su ser todo i lo bañaba en purezas de una especie rara». A eso llama Centore vanidad i orgullo de mujer. Es cierto. Es la vanidad del deber, el orgullo de la honradez, que deben sentirse en todos los actos de la vida. I eso es el matrimonio: deber i honradez; no concupiscencias ni incestos.

Ese deber i esa honradez parecen al autor de este libro carga demasiado pesada para la mujer. Error. Para algunas mujeres, talvez, para todas no. Decir lo contrario es no conocer a la mujer, es juzgarla con criterio de psicólogo alarmista — su psicología es, por lo demas, mui antigua — con el criterio de los novelistas franceses a que el crítico ántes aludido se referia, criterio que hasta nosotros llega por conducto de los Gomez Carrillo i otros americanos que tan

lastimosamente pierden su tiempo en París aprendiendo solo lo malo que hai allá. Las mujeres no son tan malas, ni con mucho. Yo—que no soi feminista—las defiendo.

Pero volvamos al amor libre, bien que al decir amor libre se profane la palabra amor. El amor libre es, sencillamente, la union animal de los sexos. Ni afectos especiales, ni familia, ni hijos. Renan creia que, cuando llegase el fin del mundo, la tierra pereceria en un delirio, en un espasmo amoroso universal. Centore no espera que el fin del mundo esté cerca: ahora, ya, quiere que el amor sea libre, o mejor, que cada cual sea libre de satisfacer sus apetitos animales sin «leyes, conveniencias sociales, moralidad ambiente o lo que sea.» Esa teoría implica la negacion del amor, ya que lo asimila al «instinto». En mi opinion, negar el amor es como negar el aire, la luz, el calor, la vida. ¡I es un jóven quien lo niega! ¡Un jóven que talvez ama, o ha amado, o amarál! Hai aberraciones inesplicables en corazones e inteligencias jóvenes. Que un filósofo viejo, misántropo, gotoso i feo niegue la existencia del amor, yo me lo esplico. Centore no es nada de eso: es un escritor jóven, que principia a vivir, que solo conoce la vida por los libros. ¿Acaso será un triste desengañado del amor? Pero, entónces, su propio desengaño le probaria la existencia del amor. . . Convengamos en que todo ello no es sino una esplosion de ideas cálidas; la noble aficion, aunque a veces descabalada, de marchar siempre adelante; el deseo de asustar a los *burgueses*, tan comun en nuestros escritores jóvenes, que olvidan que ese deseo es tambien una prueba de *burguesismo*.

I Centore es feminista. Quiere ver alzarse a la mujer sobre el hombre; la quiere libre, dueña de sus actos, i le niega el derecho a amar, que es el princi-

pal acto en la vida humana. Las mujeres no le agradecerán su feminismo, porque nadie agradece que le hagan un daño, i daño se hace a la mujer, primero, al predicarle que el deber i la virtud son paparruchas; despues, al pretender convertirla en *cosa* en lo que a asuntos del corazon se refiere. La mujer quiere—i nosotros tambien lo queremos—instruirse; educarse; ponerse en situacion de mirar tranquilamente el porvenir mediante la mejor apreciacion de su inteligencia i de su trabajo; hasta votar en las elecciones; pero no quiere, no puede querer, dejar de ser hija, esposa, madre. Seria, para ello, menester arrancarle las entrañas. I entónces, ya no seria mujer, sino una máquina, un organismo solo intelijente. I la intelijencia no basta para llenar cumplidamente la mision humana sobre la tierra. Es menester amar. El amor puede redimir. No así la pura satisfaccion de los instintos. Bien que, bajo el sistema del amor libre, la mujer no pecaría, porque seria una bestia, i las bestias no pecan.

A tales extremos conduce esta cuestion del feminismo, aun en escritores talentosos i brillantes como Centore, cuando el criterio se estravia en selvas de ideas incongruentes i de frases bien hechas. Entónces, a los que no nos decimos feministas, nos toca defender a la mujer i releer el hermoso libro que la dedicó Michelet, porque a los venenos fuertes hai que oponer triacas tambien fuertes.

E. G. HURTADO I ARIAS.
